

Angela Bennett



Amor en
Tierra de Lobos

Serie Lobos de Montana I

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Amor en Tierra de Lobos

©Angela Bennett, ®2020

Fecha de publicación: Junio 2020

Diseño de portada: Nina Designs

Foto de portada: Unsplash

Corrección: TC

A todos los amantes de los lobos.

1

Era la oportunidad de su vida. Laura sabía que no podía desperdiciarla, era lo que había estado esperando desde que se había licenciado con honores en la universidad. Tenía que conseguir la noticia y ser la primera en publicar la información. Aquello podría significar el salto a un periódico de renombre y poder así abandonar su ciudad natal.

Llevaba como periodista del Helena Cronicles desde que había vuelto de la universidad. Era un periódico que se distribuía solo a nivel local, por lo tanto todas las noticias que se publicaban en el mismo eran de hechos acontecidos en la ciudad o alrededores. Nada emocionante, se repetía Laura con hastío todos los días. La población de Helena no alcanzaba para que surgieran noticias interesantes y si no las había, sus posibilidades de poder aspirar a trabajar para un gran medio de comunicación eran casi nulas.

Por eso, cubrir esta noticia era vital para ella. Tenía que hacerlo bien, y convertir este incidente en un artículo brillante. Mientras conducía en dirección norte, hacia la reserva india de los Blackfeet, se repetía una y otra vez que esta era la noticia que la iba a hacer triunfar. Además, por primera vez desde que había empezado a trabajar como periodista iba a realizar una verdadera labor de investigación. Eran muchos los motivos por los que estar entusiasmada ante la perspectiva de pasar unas semanas en un pueblo perdido del norte del estado. Le había costado muchos años el poder terminar la carrera, había tenido que trabajar y ahorrar durante mucho tiempo. Su tío la había acogido cuando ella tenía diez años, puesto que sus padres habían muerto en un accidente de coche. Era el hermano mayor de su padre y por lo tanto, se llevaban una buena diferen-

cia de edad entre ambos. Su tío había sido bombero, cuando acogió a Laura se acababa de jubilar, y aunque a ella nunca le había faltado nada, fue obvio que el hombre jamás podría haberle pagado la universidad.

Así que tuvo que hacerlo sola, cuando terminó el instituto empezó a trabajar en una fábrica donde estuvo cuatro años. Eso le permitió ahorrar para la matrícula y el material necesario de los dos primeros años. Para el tercer año Laura sabía que no iba a poder continuar con sus estudios, se había planteado el tomarse un año para trabajar y volver ahorrar dinero. Lo que había ganado trabajando de camarera en una cafetería los dos primeros años en la universidad solo había servido para sus gastos y no tener que pedirle nada a su tío. Entonces este la sorprendió un día con un cheque que le cubría todos los gastos de un año de la universidad. Intentó rechazarlo, pero él no lo consintió. Le explicó que había liquidado un fondo de pensiones y que el dinero era para ella. Laura lloró aquella noche abrazada a su tío, y al día siguiente fue a la universidad a formalizar la matrícula.

Dos meses después, su tío murió de un infarto inesperado. Laura se volvió a quedar sola y el dolor que sintió fue inexplicable. Su tío lo había sido todo para ella, y ahora sentía que la vida la golpeaba de nuevo. Aunque lo peor vino cuando el abogado de su tío la citó en su despacho para leer el testamento de este. Todo lo que tenía se lo legaba a ella, pero había un problema: su tío había hipotecado dos meses atrás la casa en la que ambos vivían y por lo tanto, la obligación de pagar la misma pasaba a ella. Laura no tenía dinero, había invertido el regalo de su tío en la matrícula y las clases de la universidad, así que no le quedó más remedio que vender la casa y liquidar la hipoteca. Se mudó a un minúsculo apartamento a las afueras de Helena y comenzó a trabajar duro.

Tardó tres años más en terminar sus estudios. Consiguió que la contrataran en el Helena Cronicles después de ter-

minar las prácticas en este mismo periódico, y allí llevaba cuatro años trabajando.

Laura necesitaba un cambio, necesitaba un verdadero trabajo de periodista. Sabía que era buena y que podía conseguir grandes cosas, pero no podía lanzarse e ir a una gran ciudad como Chicago o Los Ángeles, puesto que no tenía dinero para empezar desde cero. Se consideraba una persona ambiciosa, ya no había nada en Montana que la retuviera y sabía que podía aspirar a más. No tenía familia y su trabajo no la llenaba, conseguir realizar un buen artículo con esa noticia sería una buena adición a su curriculum y le permitiría hacer el cambio que tanto necesitaba en su vida.

Condujo durante dos horas, paró en una gasolinera de Choteau para llenar el depósito y comprar un sándwich. Según su GPS no encontraría más gasolineras en esa carretera hasta llegar a Browning, su destino.

Después de estirar las piernas y andar unos minutos, se montó en el coche y retomó el camino. El paisaje a su alrededor no era especialmente llamativo, eran tierras llanas que se extendían hacia el este de manera ininterrumpida. Las vistas al oeste eran mucho mejores, podía divisar a lo lejos las Rocosas y sus cumbres nevadas. Era principios de otoño, pero en aquellas latitudes las temperaturas seguían siendo bajas, sobre todo por la altura a la que se encontraban. De todas formas, las montañas quedaban a bastante distancia, por lo que no podía disfrutarlas. Intentó pasar el rato escuchando la radio, pero las emisoras iban y venían, algunas se perdían y convertían en estática y otras eran bastante aburridas. ¿A quién le interesaba que el condado hubiera ayudado con la fumigación de los cultivos?

Pasado el mediodía al fin llegó a Browning. Fue directa al hotel donde iba a hospedarse mientras estuviera en el pueblo. Se había imaginado que sería una ciudad, pero había comprobado la población en internet antes de salir y pasaba un poco de los mil habitantes. Con ese número de personas aquella localidad no podía denominarse ciudad,

aunque Laura también había leído que los números podían no ser correctos, puesto que las cosas dentro de una reserva india eran diferentes. Las reservas se regían por sus propias normas y leyes, en teoría no atendían a la legislación estatal, que en este caso sería la del estado de Montana. Pero por lo que había averiguado, sí debían atenerse a las leyes federales que estuvieran vigentes a nivel nacional para todos los estados. La verdad era que el tema le había parecido un poco complicado y no pensaba que fuera relevante para su cometido. Su fin era lograr escribir un artículo que dejara sin palabras a los grandes editores de importantes periódicos, y eso era lo que pretendía hacer. Convertiría una noticia de un pueblo perdido en una reserva india en algo sobre lo que todos quisieran leer.

Aparcó y sacó su pequeña maleta del coche. En la recepción del hotel la recibió una chica bastante joven, con trenzas negras como la noche y una deslumbrante sonrisa.

—Buenas tardes, bienvenida al Glacier Peaks Hotel, ¿en qué pueda ayudarla?

—Hola, tenía una reserva para una habitación individual —contestó ella.

La chica se volvió hacia su ordenador, hizo una búsqueda y le confirmó que tenían su reserva. Le preguntó si quería una habitación cuya ventana diera a la calle principal a la que daba el hotel o prefería una a la parte posterior. Pidió una habitación que mirara hacia la entrada, teniendo en cuenta lo que había visto al cruzar el pueblo para llegar al hotel, no creía que las vistas posteriores del hotel fueran nada del otro mundo. Las montañas seguían estando demasiado lejos y el terreno en Browning era tan plano como una plancha de asar.

Subió a su habitación, comprobó que estaba limpia y no faltaba nada. Deshizo la maleta y colgó la ropa en el armario.

—Bien, hora de ponerme en marcha —se dijo a sí misma en voz alta.

Comprobó que llevaba la grabadora, el cuaderno y varios bolígrafos en su bolso. Su móvil tenía suficiente batería para durar hasta la noche, lo necesitaba por si tenía que sacar alguna foto. Salió de su habitación, abandonó el hotel y cogió el coche en dirección a la comisaría de policía, aunque creía haber leído que allí lo llamaban de otra forma.

Puso el GPS y arrancó, cuando salió de la calle principal que cruzaba el pueblo empezó a conducir más despacio. Para llegar a la comisaría tenía que pasar por calles residenciales, si es que a aquello se le podía considerar como zona residencial.

Las casas tenían todas el mismo aspecto. Parecían ser casas prefabricadas, todas estaban recubiertas en el exterior por láminas de madera. Algunas habían sido pintadas de vivos colores, Laura imaginó que seguramente había sido un intento de sus inquilinos de darles un aspecto más alegre. El entorno era deprimente, pensó mientras continuaba avanzando con lentitud con el coche. Las casas no tenían jardines a su alrededor, aunque disponían de bastante terreno que las separaba unas de otras. Pero la tierra era solo una zona yerma, con un poco de hierba amarilleada y poco más. No había césped, ni setos ni vallas pintadas de blanco. Quizá era por el clima, allí nevaba durante muchos meses y, tal vez, aquello no permitía mantener un verde jardín.

Cuando llegó a la altura de la comisaría aparcó el coche en un lateral de la calle y se bajó con el bolso colgando del hombro. Miró a su alrededor y la sensación de tristeza la embargó de nuevo. Las calles no tenían aceras, el único pavimento era la carretera en sí, y estando el día nublado todo tenía una apariencia lúgubre. No podía apartar de su mente que la rodeaba una enorme pobreza, reflejada en esas calles y casas.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos y con paso firme cruzó hacia la comisaría. Al llegar a la puerta se le cayó el alma a los pies: estaba cerrada, y por lo que indicaba la nota pegada a la puerta, lo estaría todo el día. Vol-

vió a su coche un tanto decepcionada, se sentó tras el volante y tamborileó con los dedos en este. ¿Qué clase de pueblo era ese dónde una comisaría cerraba un día entero? Esperaba no haberse equivocado al elegir lo que había ocurrido en Browning como la noticia que quería usar como trampolín en su carrera, porque ese pueblo no parecía muy prometedor.

—Tendré que reorganizar mi plan del día y dejar la visita al jefe de policía para mañana —murmuró.

Echó un vistazo a las notas de su cuaderno. Tenía una lista de sitios a los que tenía pensado ir, la comisaría había sido el primero del listado porque era esencial intentar obtener la mayor información posible de la policía. Aquello le podría servir para esbozar la historia, aunque en realidad no sabía cómo de colaboradoras con la prensa serían allí las fuerzas del orden. Por norma general la policía solía facilitar la información de la que disponían, así de cara a la opinión pública siempre podían decir que no ocultaban nada y colaboraban con los periodistas.

Se mordisqueó una uña mientras decidía qué hacer. Giró la cabeza en dirección al oeste, en la lejanía se podían divisar las grandes montañas del Parque Nacional Glacier y aquello resolvió sus dudas.

Se puso el cinturón de seguridad, arrancó y dio media vuelta para volver a la calle principal de Browning. Giró a la izquierda en el cruce y puso rumbo al pico Two Medicine, la montaña en la que había muerto Jimmy Lunak.

2

Conforme avanzaba hacia el oeste la temperatura comenzó a descender y tuvo que subir la ventanilla del coche. El aire que se colaba era frío y le cortaba el rostro. Recordó que no había cogido la chaqueta, la cual colgaba cómodamente dentro del armario de su habitación de hotel. Se dijo que no iba a tardar tanto y que estaría de vuelta antes de que anocheciera.

El primer tramo de la carretera era una extensión de la que la había llevado hasta Browning. Llana, recta y en bastante buen estado. Pero cuando llevaba diez minutos conduciendo notó que la vegetación a su alrededor se espesaba, y el verdor empezó a pasar rápidamente a su alrededor. Al llegar a la altura de Kiowa, tomó el desvío a la izquierda que indicaba el GPS de su coche e hizo caso omiso al aviso que emitía sobre que era una carretera con bastantes curvas y que debía elegir una ruta alternativa más segura. Disminuyó la velocidad y continuó conduciendo.

Aunque no podía ver más allá de los árboles que bordeaban la carretera, sabía que estaba subiendo en altitud y por lo tanto lo que había detrás de ellos eran precipicios por los que se extendían rocas y denso follaje. Bajó más la velocidad del coche, no sentía miedo, pero era absurdo arriesgarse cuando, en realidad, no tenía prisa alguna.

Después de conducir varios kilómetros, y tomar algunas curvas bastante cerradas, llegó al punto que había señalado en su GPS siguiendo las anotaciones que había hecho en un mapa de la zona que había imprimido en casa. Cruzó la carretera y aparcó en el arcén del carril contrario. Decidió dejar su bolso dentro, no parecía una carretera muy transitada. Solo se había cruzado con un coche desde que había tomado el desvío a la altura de Kiowa. Cogió el móvil, cerró

el coche y se guardó las llaves de este en el bolsillo del pantalón.

Se adentró en el bosque poco a poco, siguiendo lo que indicaba la aplicación del móvil hasta que este perdió la cobertura.

—Mierda —masculló en voz alta. Al menos podría usar el móvil para hacer las fotos que acompañarían a su artículo.

Su intención era llegar hasta el pico desde el cual Jimmy Lunak se había despeñado hacía cinco días. La muerte se había catalogado como accidental, pero entonces trascendió a los medios locales que la policía de Browning había abierto una investigación. Aquello encendió las alarmas en la mente de Laura. Siempre había tenido vocación periodística, y uno de los motivos era su capacidad para reconocer una noticia interesante. Sus profesores siempre alabaron este rasgo de ella, aunque no había podido usarlo a menudo trabajando en el *Helena Chronicle*.

Siguió andando con cuidado mirando su móvil. Aunque su ubicación no se actualizara por la falta de cobertura, el itinerario se había quedado en la pantalla y podía guiarse por ello.

Se alegraba de haberse puesto unas bailarinas planas y aunque se le clavaban algunas piedras en las plantas de los pies al andar, eso era mucho mejor que si hubiera ido con tacones. Los árboles se volvieron más altos, más anchos y con copas mucho más tupidas a la vez que avanzaba adentrándose cada vez más en el bosque. El viento movía las copas de los árboles y aquí y allá se escuchaban distintos trinos de pájaros. Por lo demás, el silencio era absoluto y por primera vez en su vida, Laura sintió una verdadera paz estando rodeada de naturaleza.

Llevaba quince minutos andando cuando escuchó un ruido tras ella. Se giró con rapidez pero no consiguió ver nada. La vegetación había aumentado en cantidad con cada paso que daba, y el suelo estaba cubierto de ramas y matorral alto. Se dijo que habría sido una rama movida por el

viento, así que continuó. Cinco minutos después escuchó de nuevo un sonido justo detrás de ella, se volvió pensando que sería como la primera vez y se quedó petrificada al contemplar cómo un enorme lobo negro la observaba.

Durante unos segundos su mente se quedó en blanco. Ningún pensamiento cruzó por ella y fue incapaz incluso de respirar. El tamaño del animal superaba con creces todos los lobos que había visto en su vida, siempre por televisión en documentales de naturaleza. Los lobos no tenían ese tamaño, ¿o sí?, fue el primer pensamiento coherente que pudo hilar y entonces el lobo dio un par de pasos hacia ella. Aquello hizo que Laura empezara a temblar, no necesitaba verle los dientes para saber que los colmillos de aquella bestia la devorarían en cuestión de segundos.

Intentó mirar a su alrededor sin mover demasiado la cabeza, pero la realidad era que la única dirección en la que podía ir, sin temor a perderse, era hacia donde el lobo estaba, puesto que en aquella trayectoria estaba su coche.

Recordó entonces algo que había visto en los documentales sobre animales salvajes. Los lobos siempre iban en manada y nunca solos. Aterrada intentó divisar algo entre la vegetación detrás del animal, sus compañeros no debían de andar lejos. No quería hacer movimientos bruscos, con lentitud miró hacia los lados, pero no consiguió discernir nada. ¿Tenían los lobos la habilidad de camuflarse para no ser detectados? Pensó que sí, pero ella no era una experta en lobos. En realidad, no era una experta en ningún tipo de animal salvaje.

Dio, despacio, un paso hacia atrás y vio aterrorizada cómo el lobo levantaba las orejas. Se quedó quieta sopesando sus opciones y llegó a la descorazonadora conclusión de que, en realidad, no tenía ninguna. Si se quedaba quieta el lobo seguiría avanzando hasta que llegara a su altura y la atacara. Si corría, sin duda, el animal la alcanzaría. Él estaba acostumbrado al bosque, ella era una chica de ciudad sin entrenamiento físico.

El lobo se sentó sobre los cuartos traseros e inclinó la cabeza hacia la izquierda. Aquel gesto en un animal salvaje la distrajo por un momento del peligro que corría. Era una actitud muy... humana, fue la palabra que le vino a la mente. Miró atentamente a la bestia y se percató de que tenía unos impresionantes ojos grises, de un tono que asemejaba al color de la luna llena. Quedó hipnotizada por ellos y sin darse cuenta, avanzó un par de pasos hacia el animal. Un gruñido bajo salió del animal y la hizo reaccionar. ¿Qué estaba haciendo? Tenía que huir del lobo, no acercarse a él. Retrocedió los pasos que había avanzado y entonces el lobo se incorporó y anduvo hacia ella con lentitud. Laura supo que tenía que hacer algo cuanto antes.

—Si vas a darte un banquete conmigo, tendrás que ganártelo —le dijo al lobo en voz alta.

Por un instante, Laura pensó que el lobo había entendido sus palabras puesto que movió la cabeza de arriba hacia abajo. Pero lo desechó de su mente y con todas las fuerzas de las que fue capaz le lanzó el móvil al lobo. Este lo vio venir y dio un salto hacia la derecha esquivando con facilidad el aparato.

Laura no se detuvo a comprobar qué hacía el animal a continuación. Se dio la vuelta y empezó a correr, con toda la velocidad que pudo imprimir a sus piernas, en dirección a la montaña. Corrió y saltó ramas, intentó esquivar zarzas y casi chocó contra un árbol que apareció de la nada. Cada pocos pasos se giraba para comprobar, con terror, que la bestia la seguía y que cada vez había menos distancia entre ambos. Intentó correr más deprisa, pero empezaba a sentir calambres en las piernas y quemazón en los músculos de estas, los cuales no estaban acostumbrados a ese tipo de esfuerzo.

Entonces divisó en la distancia, delante de ella, que los árboles disminuían y que la claridad en el bosque aumentaba. Pensó que quizá habría salido el sol, pero si era más notable allí delante era porque estaba llegando a una zona

despejada. Rezó para que fuera una cabaña de caza o algo parecido. Hizo un último esfuerzo titánico obligando a sus piernas a que aumentaran el ritmo, intentó controlar la respiración porque empezaba a faltarle el aire y se impulsó hacia delante.

Cuando la vegetación se abrió a un claro pensó que lo había conseguido, pero entonces, instantes después de sentir la euforia del triunfo sintió que el suelo desaparecía a sus pies. Tuvo el tiempo justo de mover los brazos en el aire intentando recuperar el equilibrio y de mirar hacia abajo, confirmando que se había lanzado de cabeza hacia el abismo de la montaña.

Laura cayó por el mismo precipicio por el que se había despeñado días atrás Jimmy Lunak perdiendo la vida.

3

Laura no sabía cómo lo había hecho, pero al caer había conseguido agarrarse a una enorme rama que sobresalía de la tierra justo en el lugar en el que el terreno desaparecía para dar paso al vacío del precipicio.

Intentó recuperar la respiración, pero le costaba porque seguía haciendo un enorme esfuerzo por mantenerse agarrada a la rama. Escuchó un ruido sobre su cabeza, miró hacia arriba y se quedó de piedra al ver al enorme lobo a dos metros de ella.

El animal se asomaba por el límite del suelo del bosque y parecía mirarla a ella. Laura dejó de forcejear con la rama y le devolvió la mirada. Entonces el animal echó la cabeza hacia atrás y apuntando con el hocico hacia el cielo emitió un agudo y profundo aullido. El sonido le puso los pelos de punta y lo sintió por todo su ser. No podía apartar los ojos de la bestia negra que parecía estar comunicando algo al viento, era una imagen hermosa y espeluznante al mismo tiempo. El sonido cesó, el animal la miró de nuevo y giró sobre sus patas para desaparecer. Quizá había llamado a su manada, o les había transmitido que la presa estaba a punto de morir y quedar fuera de su alcance.

La invadió un sentimiento de soledad inesperado. Durante unos minutos se había sentido acompañada, aunque fuera por una bestia salvaje. Ahora estaba completamente sola y no creía que pudiera salir de aquello sin ayuda.